¿Fue una buena decisión?

María Sánchez Miaja

¿Fue una buena decisión?

María Sánchez Miaja

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© María Sánchez Miaja, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-65-9
THEMA: FV
DEPÓSITO LEGAL: M-6978-2025

PRÓLOGO

Julio había llegado a Ceuta en los primeros meses de 1929, como otros muchos jóvenes que les reclutaban para hacer el Servicio Militar, tenía veintiún años venía de Granada donde había terminado hacía unos años el bachillerato con muy buenas calificaciones y se matriculó más tarde en la Facultad de Historia, que terminó unos meses antes de dicho reclutamiento.

Cuando llegó a Ceuta quedó encantado con su luz, su sol, su mar y el color de su cielo.

En el cuartel rápidamente lo «rebajaron[1]» de servicios y lo destinaron a la Plana Mayor de Mando[2] donde pasó todo el año de mili.

Solía salir en las horas de paseo[3] a conocer la ciudad y sus entornos. Como buen andaluz era abierto, conversador y dado a hacer amistades. Pronto comenzó a tratarse con un compañero que estaba con él en la oficina, hijo de un alto funcionario del Ayuntamiento.

Este compañero le invitó más de una vez a su casa a comer los domingos, así conoció a sus padres que sobre todo él tenía largas conversaciones con Julio durante la sobremesa. Julio siempre les demostró mucho respeto y después de unos meses era tratado como de la familia.

1 Librarle de hacer servicios
2 Oficinas donde se lleva toda la documentación del Regimiento
3 Hora de salida del cuartel, tiempo libre, solían tres horas de 18:00 a 21:00 horas, y domingo después de comer

Un día después de comer, el padre de su amigo le preguntó:

—Julio, ¿qué piensas hacer cuando termines la mili[4]?

—No lo tengo aún muy claro, en Granada no me espera nadie, mi madre falleció hace cinco años, nada más entrar yo en la facultad, y mi padre se ha vuelto a casar y tiene una niña de dos años con su nueva mujer. Yo he pasado a ser un «huésped» en mi propia casa y la verdad es que me siento muy a gusto en Ceuta. ¡Si encontrara trabajo, me quedaría aquí!

—¡Pues mira tienes una oportunidad

—¿Una oportunidad? —preguntó Julio expectante—. ¿A qué se refiere?

—Hace unos días se han convocado cinco plazas a cubrir en el Ayuntamiento; si estas interesado podrías solicitarlas y ponerte a estudiar. Tienes tres meses para prepararte. Mi hijo José Mary se va a presentar. Podíais estudiar juntos.

—¿Dónde tengo que inscribirme? —Fue la pregunta de Julio—. Sería una gran oportunidad.

—Mañana te traigo el impreso de inscripción y lo rellenamos, a entregarlo tienes que ir tú personalmente ¿Te darán permiso en la oficina?

—¡Creo que sí! —respondió Julio ilusionado—. El capitán es una buena persona.

Al día siguiente Julio pidió permiso a su superior, fue a entregar la solicitud y de este modo comenzará su vida en Ceuta. El padre de su amigo les proporciono el temario a estudiar y ambos dedicaban todas las horas que podían durante el día e incluso los fines de semana.

Tres meses más tarde, se presentaron a examen y consiguieron la plaza. Tuvieron que solicitar un aplazamiento para

4 Forma vulgar de llamar al servicio militar

incorporarse, ya que, les quedaban varios meses para terminar el servicio militar.

El dos de enero de 1931 ambos amigos se incorporaron a sus respectivos destinos. Julio, al ser licenciado en Historia, fue destinado al Archivo Municipal y su amigo a la Secretaría Técnica.

El 12 de abril de ese mismo año hubo elecciones Municipales, que ganó el Partido Republicano Socialista y Ceuta cambió de alcalde, desde entonces la alcaldía estaba a cargo de Antonio Luis Sánchez Prado.

En octubre de 1931, se inauguró en Ceuta el Instituto Hispano Marroquí, unos años después, como eran pocas las personas que disponían de un título universitario, recurrieron a Julio paras impartir clases de Historia y pudo compaginar ambos trabajos.

CAPÍTULO I

Julio buscó un lugar donde vivir y pronto encontró una casa particular, una señora viuda con dos hijas en la misma Plaza de África. Tenía derecho a una habitación, pensión completa y atención de su ropa.

Estaba poco tiempo en casa, ya que, con su trabajo de mañana y tarde solamente acudía a la casa para comer a mediodía, cena y desayuno antes de salir para el trabajo. Se encontraba muy a gusto, ya que enseguida le empezaron a tratar como familia y en ese ambiente recibía el calor que hacía años no había sentido en el domicilio paterno.

Era un lector apasionado y el tiempo que tenía libre lo dedicaba en su habitación a la lectura. Gran parte de su dinero lo empleaba en comprar libros y novelas de los autores de la Generación del 98. Entre sus autores favoritos destacaban: Antonio Machado, Jacinto Benavente y Ramón María del Valle Inclán. Sus preferencias de la Generación del 27 eran: Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Luis Cernuda.

En verano bajaba a la playa y se daba unos baños largos y relajados, por la tarde salía a tomar algún helado o refresco y, sobre todo, una leche merengada. Le gustaba mucho el cine y todos los fines de semana acudía al Teatro Cervantes o Apolo a ver alguna película de las que estaban en cartelera.

Uno de esos días, al entrar al cine, tropezó con una chica muy joven que casi se cae al suelo y tuvo que sujetarla diciendo:

—¡Perdona, no te había visto, siento mucho el susto que te he dado!

La chica lo miró y dijo:

—¡A ver si vas con más cuidado, me he visto en el suelo!

Ella iba con dos amigas y coincidió que tenían las butacas justo junto a él. Antes de comenzar la película entre disculpa y reproche ella le preguntó:

—¿No eres de Ceuta?

—¿Tanto se me nota? —Fue su respuesta—. Soy de Granada, pero vivo y trabajo en Ceuta.

—Perdona, pero soy muy curiosa ¿Cómo que has caído por aquí?

—¡Pues sí qué eres curiosa! Pero te voy a responder; vine a hacer el servicio militar, conseguí una plaza en el Ayuntamiento y estoy pendiente de conseguir una de profesor de Historia en el nuevo instituto, les he presentado mi expediente académico y estoy a la espera. ¿Satisfecha?

—¡Perdona, he sido bastante impertinente! Pero creí que eras militar y no es un gremio que me gusté mucho.

—A mí tampoco —respondió Julio—, y mira que no lo pase mal durante el Servicio Militar.

La película comenzó y dejaron de hablar, pero a la salida Julio se unió al grupo y dijo:

—Señoritas, las invito a un helado en Los Valencianos.

Las tres chicas se miraron, sonrieron, y Mercedes dijo:

—Bueno en recompensa por el susto que me has dado a la entrada.

Los cuatro comenzaron a reírse y se dirigieron hacía la heladería. Una vez allí, se sentaron en una mesa y cada uno pidió lo

que les apetecía. Se fueron presentando. Julio fue quien rompió el hielo.

—Bueno creo que nos toca presentarnos: yo me llamo Julio y tengo veintitrés años.

Seguidamente fue Mercedes quien dijo:

—Mi nombre es Mercedes y tengo diecinueve años, aunque me falta muy poco para cumplir los veinte.

Así fueron presentándose sus amigas, una se llamaba Pili y la otra Isa. Tomaron el helado y al salir las amigas se despidieron, ya que, vivían en la Plaza de Azcarate. Mercedes vivía en la calle Jaudenes (más conocida por calle Larga) y como ya hemos relatado, Julio vivía en la Plaza de África.

Los dos jóvenes comenzaron a andar camino de sus respectivos domicilios. Al principio hicieron un trecho en silencio, hasta que Mercedes rompió el hielo diciendo:

—¡Parece que hubiese pasado un Ángel, qué silencio!

—Es cierto —comentó Julio—, no quería importunar tus pensamientos.

Mercedes soltó una carcajada y respondió:

—¡Vaya dos «pardillos[5]» a mí me ha ocurrido lo mismo!

—¿Dónde vives? —preguntó Julio—. Está claro que vives cerca de la Catedral. Yo vivo en la Plaza de África.

—¡Pues somos casi vecinos! Yo vivo en la calle Larga.

—¿La calle Larga? —preguntó Julio—. ¿Esa cuál es?

—¡Cómo se nota que no eres de Ceuta! —contestó Mercedes con una sonrisa—. Su nombre es calle Jaudenes, pero es más conocida por calle Larga.

—Permíteme que te pregunte. —Quiso saber Julio—: ¿Qué haces a diario?

---

5 Forma popular de llamar a personas poco duchas en algo

—Bueno, voy a mecanografía y durante dos horas hago matemáticas y gramática con los libros que me proporciona mi padre. Quería estudiar para maestra, pero en Ceuta no se puede y mis padres no me dejan que me vaya fuera a estudiar.

—Es casi natural, eres muy joven y en Granada cuesta mucho que una chica entre en la Escuela Normal. Si me lo permites, yo podría facilitarte algún libro de Historia de España y así podrías instruirte en esa materia.

—No sé qué decir, apenas hemos hablado diez palabras —reflexionó Mercedes—, me parecería una osadía por mi parte.

—¿Una osadía? —respondió Julio—. Es algo que yo te ofrezco desinteresadamente, de ti depende aceptarlo o no. Piénsalo, y cuando quieras me respondes.

—¿Cómo te voy a responder? Apenas sé nada de ti.

—Mira, te lo piensas, y si crees que sí; todas las mañanas estoy trabajando en el Archivo Municipal, tengo dos muchachos como compañeros, si llegas y no me ves, pregunta por mí a cualquiera de ellos y enseguida estaré contigo.

—Bueno me lo pensaré, tengo que hablarlo con mis padres.

—¡Por supuesto! —respondió Julio—. No me gustaría crearte problemas familiares.

Hablando, llegaron al portal donde vivía Mercedes, en el segundo piso del inmueble, en su amplio local bajo había una tienda de comestibles. Se despidieron con un apretón de manos, y Mercedes comenzó a subir las escaleras muy despacio. Iba pensando en las casualidades que tiene la vida: *«¿Cómo ha ocurrido todo tan de prisa? He salido de mi casa como cualquier otro día, en la puerta del cine ha tropezado conmigo un desconocido y unas horas más tarde parece que lo conociera de toda la vida»*.

Cuando llamó a la puerta, le abrió su madre que le dijo cono cierto reproche:

—¿Cómo llegas tan tarde? Estamos esperándote para cenar. hace casi una hora que has salido del cine. ¿Dónde has estado?

—Lo siento, mamá, se me ha ido el santo al cielo, hemos ido a tomar un helado y se nos ha pasado el tiempo volando.

No se atrevió a comentar el encuentro con Julio, y mucho menos el ofrecimiento de este de proporcionarle un libro de Historia de España. Fue directamente a lavarse las manos y penetró en el comedor, donde ya la esperaban su padre y su hermana.

—Buenas noches. Papá siento llegar algo tarde, se me ha ido el santo al cielo.

—Bueno, bueno no pasa nada —respondió su padre—. Vamos a cenar, que quiero empezar un libro que he comprado.

Su padre siempre era menos estricto que su mujer y les daba algo más de libertad a sus hijas. Por eso Mercedes esperó para hablar con su padre sobre el préstamo que le había ofrecido Julio.

Dos días más tarde, Mercedes estaba sentada con su padre en el cuarto de estar; ella repasaba Gramática y su padre leía un libro. Así que pensó en que sería el momento propicio para hablar con él:

—Papá, ¿me puedes atender un momento?

—¿Qué te pasa, cariño?

—¿Pasarme? ¡Nada! Solamente quiero hacerte una consulta.

—¿Dime? —respondió el padre, dejando el libro que estaba leyendo—. ¿Tienes algún problema o no entiendes algo?

—No pasa nada, solamente quiero pedirte permiso para que un muchacho, que he conocido, me preste un libro de Historia de España; él ha estudiado, es bibliotecario del Ayuntamiento y se ha ofrecido a prestarme un libro para que, además de lengua y matemáticas, pueda conocer otra materia.

—Y dime una cosa, ¿dónde has conocido a ese muchacho?

—Vive en la Plaza de África y nos conocimos por casualidad a la entrada al cine.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el padre, poniéndose de pie— ¡El domingo cuando llegaste tarde! Al final tu madre va a tener razón.

—Sí, papá, pero no es como tú piensas, tropezamos el uno con el otro al entrar al cine y si él no me sujeta, me caigo.

Mercedes le comentó todo lo ocurrido a su padre, y este al final le respondió:

—Vamos que os habéis hecho amigos.

—¡No, papá, tanto como amigos! Conocidos, teníamos el mismo camino para llegar a casa y vinimos juntos hablando. Me contó que es de Granada y que vino hacer el Servicio Militar y consiguió trabajo en Ceuta y se ha quedado. Bueno, ¿me lo puede dejar o no?

—Por mí no hay ningún problema, ¿y cómo vas a verle para que te lo dé?

—Trabaja por las mañanas en el Archivo Municipal, me ha dicho que, si me dabas permiso, fuese allí y me lo entregaba. ¿Estás de acuerdo?

—¡Vale, vale!

A la mañana siguiente Mercedes salió de casa con la excusa de comprar un cuaderno, no se atrevió a contar a su madre dónde iba porque no sabía si le pondría alguna pega. Bajó hasta la Plaza de África y entró en el Ayuntamiento. A un policía municipal que se encontraba en la puerta preguntó:

—Perdone, señor ¿Me puede decir dónde está el Archivo Municipal?

—En la segunda planta señorita.

—Muchas gracias.

Fue su respuesta y continuó camino del ascensor, una vez allí siguió una flecha que indicaba donde se encontraba su destino.

—Buenos días —dijo al joven que estaba más cercano a la puerta— ¿podría avisar a Julio de que está aquí Mercedes

—Enseguida, señorita, lleva dos días preguntándome si una joven había preguntado por él —le respondió el muchacho—. Enseguida sale.

El joven desapareció tras una puerta y unos segundos después apareció Julio sonriente diciendo:

—Ya me estaba temiendo que te habías arrepentido y no querías conocer la historia de nuestro país.

—He tenido que encontrar el momento oportuno para pedir permiso a mi padre y lo encontré ayer.

—Muy bien, pasa a mi despacho, que lo tengo allí.

Mercedes le siguió y entraron en una pequeña habitación con una mesa, una librería y dos sillas. Julio dejó la puerta abierta y a Mercedes le pareció un bonito gesto. Estuvieron hablando unos minutos, y Mercedes se marchó con el libro; al despedirse en la puerta, Julio le comentó:

—Todas las tardes salgo a dar un paseo por el jardín, si te apetece comentarme algo de lo que vayas leyendo, estaré por allí sobre las cinco y media.

—Vale, muchas gracias; lo tendré en cuenta.

Mercedes compró un cuaderno en una mercería del Paseo La Muralla y volvió a casa. Entró en su cuarto y comprobó que el libro parecía ser muy ameno con ilustraciones. Cuando llegó su padre se lo enseñó y estuvieron comentando lo que podía aprender de él.

De este modo comenzó una amistad que en unos meses se convertiría en algo más.

CAPÍTULO II

Después de unos meses de encuentros esporádicos, de los cuales Julio y Mercedes se habían visto «por casualidad» en la playa, por la calle Larga, en la entrada al cine y diferentes lugares que, cualquiera pensaría que eran demasiadas casualidades; así fue pasando el verano y Julio se decidió a dar el paso que llevaba mucho tiempo pensando. Una tarde—noche al salir del cine, la invitó a ella y sus amigas a tomar un helado y cuando las dos chicas se marcharon en distinta dirección que ellos, al fin se decidió a tomar la iniciativa:

—Mercedes, creo que te habrás dado cuenta de que nuestros encuentros no son pura casualidad; si no que los provoco con el único fin de estar un rato a tu lado.

Mercedes comenzó a ponerse nerviosa ¡Claro que se había dado cuenta! Por eso respondió:

—Me había parecido que eran muchas casualidades, pero como Ceuta es tan chica, a veces he pensado que quizás tuviésemos los mismos gustos y por eso vamos a los mismos sitios.

—Es cierto que coincidimos en algunos gustos, pero me he pasado todo este tiempo vigilando tu horario de playa, tus salidas a dar una vuelta con tus amigas por la calle Real o el horario de los cines, y creo que comprenderás porque lo he hecho.

—No sé. ¿Dímelo tú? —Fue la respuesta de Mercedes, algo nerviosa—. Tengo muchas dudas.

—No sé si eres demasiado inocente o me estás tomando el pelo.

Mercedes se puso muy colorada y bajo la vista hasta el suelo, por eso Julio continuó:

—Desde el día que tropezamos y si no te sujeto, habrías caído al suelo; he ido enamorándome de ti, pero no me atrevía a decirte nada por si me rechazabas, pero hoy he tomado la decisión de decírtelo. Si tu sientes lo mismo que yo, podríamos hacernos novios y si no, continuaré siendo tu amigo, pero me retiraré para no importunarte con mi presencia.

Mercedes lo miró sin responder, continuaba con sus mejillas rojas como un tomate. Lo miró con dulzura y respondió:

—A mí me ocurre lo mismo que a ti, pero no he tenido nunca novio y no sé si mis padres me dejaran.

—Si tú me autorizas, mañana por la tarde esperaré a tu padre en el portal y hablaré con él para pedirle permiso. ¡No lo he hecho en mi vida, vamos a ver cómo me sale!

Los dos soltaron una carcajada y se cogieron de la mano.

Julio cumplió su promesa, y, a la hora en que le había dicho Mercedes que su padre solía llegar a casa, le esperó en los alrededores del portal. Estaba muy nervioso. Pero se armó de valor y le abordó antes de entrar al portal.

—Buenas tardes, perdone que le moleste —Fueron sus palabras—. Usted es el padre de Mercedes, ¿verdad?

El hombre lo miro con extrañeza y respondió:

—Pues sí, joven lo soy, ¿y usted quién es?

—Perdone, he sido un mal educado al no presentarme primero; mi nombre es Julio Fernández Ruiz, soy amigo de su hija desde hace unos meses.

Julio estaba más nervioso que un flan y hasta tartamudeó antes de seguir hablando, el padre de Mercedes sintió pena por el muchacho y habló antes de que siguiera:

—¡Acabáramos, usted es el que le dejo el libro de historia que lee con tanto afán!

—¡Sí, señor! Perdone que le aborde en la calle, pero me gusta hacer las cosas bien. Soy muy joven, lo sé, pero quiero a su hija, le he pedido relaciones y quería que usted nos autorizara. Me va a perdonar, pero es la primera vez que me veo en esta situación y no sé si lo estoy haciendo bien o rematadamente mal.

El padre de Mercedes sonrió y le tendió la mano diciendo:

—No te preocupes, te hablo de tú porque parece ser que quieres entrar en la familia. Yo lo hice mucho peor que tú cuando tuve que pedir permiso a mi suegro para hacerme novio de su hija. Solamente quiero decirte una cosa: mi hija es muy joven, es la primera vez que la veo interesarse por un muchacho, solo te pido que la respetes y no le hagas daño.

—Tiene usted mi palabra de honor que respetaré a su hija y procuraré hacerla muy feliz. Sé que es muy joven, pero si usted nos lo permite el nuestro no será un noviazgo largo. Mi situación económica es buena y vivo de patrona[6] por lo que, me gustaría casarme en un año.

—¡Bueno, bueno, todo se andará, primero conoceros y de boda ya hablaremos!

—¡Cómo usted diga! Y ahora me marcho, que ya lo he interrumpido bastante. Debe de estar usted deseando llegar a su casa. Buenas tardes y muchas gracias.

Julio emprendió el camino de su casa, ya llegaba tarde para comer y no le gustaba que la patrona[6] le estuviese esperando.

---

6 Así se suele llamar a la dueña de la pensión o casa particular donde se vive realquilado

El padre de Mercedes subió a su casa y se metió en la cocina, donde su mujer andaba preparando la comida. Cerró la puerta y le contó a su mujer lo sucedido; esta cambió el semblante de su cara y dijo:

—¿La niña te había dicho algo?

—¡Qué va, me ha cogido de sorpresa! El pobre muchacho estaba con más nervios que un bistec de real —Estas últimas palabras las dijo riendo—. Bueno, voy a lavarme las manos para comer.

—¿Qué pasa, no piensas hablar con ella? —pregunto la madre con cierto mal humor.

—Vamos a comer y vamos hacerla sufrir un poco.

—¡Qué te gusta…!

En el momento de sentarse a la mesa, las dos hermanas salieron de su habitación y dieron un beso a su padre. Mercedes lo miró extrañada, pero como él no dijo nada, ella comió en silencio casi sin levantar la cabeza del plato. Cuando terminaron de comer, el padre rompió el silencio:

—Merceditas, ¿no tienes nada que contar o preguntar?

—¡Papá! ¿Qué quieres que te diga?

—Ahora ya nada, bueno sí, si quieres ser la novia del muchacho que me ha parado antes de entrar al portal para decirme que quiere ser tu novio. ¿Tú qué opinas?

—¡Papá, desde que le conocí he ido sintiéndome muy a gusto con él! Nos hemos visto cuando he ido al cine con mis amigas, este verano en la playa y algunas tardes cuando he salido a dar un paseo acompañada de Irene y Luisa nos hemos visto por la calle Real; hasta ayer no me dijo nada y cuando me preguntó le respondí que teníamos que pedirte permiso a ti y es lo que ha hecho el pobre muchacho, me imagino que lo ha pasado muy mal.

—Eso ya te lo digo yo —respondió el padre con un cierto deje de ironía—. Creo que ha sido el peor examen de su vida. Bueno, ahora cuéntanos algo de tu novio.

Mercedes al oír la palabra novio se puso encendida como una amapola, a lo cual su padre dijo:

—Bueno, niña, dinos de una vez: ¿es tu novio o no lo es?

—¿La verdad, papá? Es que no lo sé. Me ha pedido que salga con él en plan formal. ¿Eso se puede llamar novio?

Fue su madre la que respondió:

—¡Niña, tan lista como eres para algunas cosas y lo tonta que eres para otras! Claro que es tu novio y una vez que tu padre le ha dado permiso sois novios formales.

—¿Entonces, ya puedo salir con él todas las tardes un rato?

—¡Solos no! —Fue la contestación de su madre—. Te puede acompañar tu hermana o una de tus amigas.

—¡Vamos, que tenemos que llevar carabina[7]!

—Llámalo como quieras, pero no sería bien visto que salieseis los dos solos.

Al día siguiente Julio y Mercedes se vieron en la Plaza de África a las cinco de la tarde, Mercedes iba acompañada de su hermana Marisol, la cual presentó a Julio, hasta entonces se habían visto alguna vez en la playa, pero no se habían presentado.

Los paseos por la Plaza de África se hicieron habituales. Siempre con compañía, iban algún día, entre semana, al cine y paseaban por el puerto, y la calle Muralla. Julio continuaba con sus trabajos. Su jornada era de mañana, a veces tenía que acudir por la tarde por cuestiones de urgencia. Era requerido muchas

7 Manera de llamar a la persona que acompañaba a los novios durante el tiempo que estaban juntos.

veces por el alcalde David Valverde para solicitarle algunos archivos que quería repasar; de este modo se fue alimentando una cierta complicidad entre los dos hombres que se convirtió en una buena amistad. Julio un lector empedernido y al alcalde le gustaba conversar con aquel muchacho tan joven que era versátil en infinidad de temas. Jamás le preguntó por sus ideas políticas, pero por su forma de proceder «le daba» que era republicano de izquierdas.

Los meses fueron pasando y llegaron los días de Navidad, una semana antes, Luis, el padre de Mercedes, durante la cena saco el tema:

—Merceditas, ¿tu novio se marcha a su casa a pasar estos días?

—Se lo he preguntado y me ha dicho que no, su madre murió cuando él tenía diecisiete años, su padre se volvió a casar y tiene una niña de siete, que es a quien miman, pero él se siente como un huésped en la casa de su padre. Habla de su hermanita con mucho cariño y se nota que la quiere mucho, pero lo ha pasado muy mal con la mujer de su padre. Se quedará aquí.

—¿Quieres que le invitemos a cenar el veinticuatro y a comer el veinticinco?

— ¡Papá, lo estoy deseando, pero no me atrevía a pedíroslo!

—Tu madre y yo hemos estado hablándolo, y nos parece muy triste que pase las fiestas sin el calor de una familia.

—La señora donde vive se porta muy bien con él, pero no es lo mismo, ella se marchará a casa de su familia.

De este modo Julio visitó por primera vez la casa de Mercedes y a partir de entonces, le invitaban a comer los domingos y fue convirtiéndose en uno más de la familia.

Cuando menos lo esperaba recibió la notificación para trabajar en el instituto y fue guardando el sueldo que percibía por